



Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo

IV CERTAMEN DE RELATO CORTO DE CIUDAD RODRIGO.

Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo 2024

Temática: *La Guerra de la Independencia en Ciudad Rodrigo*

ACCÉSIT

Autor: Tamara Luis Florindo. Ciudad Rodrigo (Salamanca).

LA ESPERANZA DE CIUDAD RODRIGO

Siempre nos han contado la historia de la Guerra de la Independencia y su paso por Ciudad Rodrigo con su final ya resuelto. Sabemos que los franceses asediaron la ciudad; en qué fechas; qué desperfectos realizaron porque algunos, incluso, se mantienen hasta hoy en día... Pero nunca nos han narrado la historia desde dentro, concretamente desde esos primeros días en los que gente pacífica tuvo que luchar para salvar su territorio. Hasta ahora. Permitidme que comience a hablar en presente, pues así será más fácil que nos traslademos hacia aquellos tiempos y conocer mejor lo que aquí pasó hace años.

El nerviosismo inunda las calles empedradas de la ciudad. Se rumorea que una carta del enemigo francés ha llegado y que en ella se pide la rendición de todo un pueblo.

Esperanza, la costurera, esa dulce joven que en tiempos de paz creaba y arreglaba los vestidos más bonitos que nadie jamás ha visto, ahora cose vendajes y prepara algún que otro suministro, mientras reza una y otra vez la misma oración, con el fin de que aquello sólo fuese un mal sueño del que despertar al día siguiente.

Sentada en la misma ventana en la que observa la catedral, esa misma mañana pudo ver las caras desencajadas de todas aquellas personas que se habían congregado en la plaza para escuchar lo que el Mariscal Pérez de Herrasti tenía que decir a los líderes de la ciudad. Entre los murmullos de la muchedumbre solamente se escuchaba una palabra "rendición". Esa palabra de tan solo nueve



Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo

letras, significaba la destrucción de Ciudad Rodrigo y la humillación de todos sus habitantes.

Absorta en sus pensamientos, el ruido de la puerta le hace saber que alguien la está esperando en el exterior de su vivienda. Es Manuel, el hijo de la Lola, su vecino de toda la vida con el que tantas veces jugó en su infancia, ahora convertido en soldado. Mientras le ofrece un poco de agua, el chaval le hace saber que algo no va bien y que la necesitan en la enfermería, pues han llegado más heridos de las murallas.

En apenas dos minutos corriendo por las estrechas calles consiguen llegar hasta aquel hospital improvisado. Está lleno, a rebosar, tanto es así que allí ya no cabe ni un alfiler más. El aire está cargado. El olor de la sangre se mezcla con el de desinfectante. El ambiente es nauseabundo. Los gemidos y llantos de dolor traspasan los oídos de Esperanza. No quiere llorar, tiene que mantener la compostura. Pero algo dentro de ella en ese momento se rompe y de sus ojos empiezan a brotar lágrimas. Se las seca con su manga rápidamente y se arrodilla frente a un joven. Lo conoce bien, en esa pequeña ciudad todos se conocen. Su cara es de dolor, de desesperación. Le falta una pierna, arrancada por una explosión. La mirada del muchacho busca el consuelo de ella, quien se limita a lanzarle una leve sonrisa y susurrarle que eso también pasará. ¿Qué haces en esos casos en los que ni a ti te salen ni las palabras?

Mientras busca al doctor por toda la sala, siente un terrible escalofrío. Su padre también está haciendo frente a los franceses y únicamente espera no tener que verlo en un sitio como aquel y volver a verlo sano y salvo en su casa.

“¡Esperanza!”. Alguien la llama. Gira la cabeza y ve a un doctor sobrepasado por aquella situación. Con una seriedad atronadora le pide que prepare más vendajes y que distribuya medicina entre todos los heridos. A ella solo le queda asentir y ponerse a trabajar rápidamente y con precisión. Son muchos los heridos. Algunos solo tienen rasguños fáciles de curar, sin embargo otros probablemente no pasen de aquella noche fría de abril. Por otro lado, Esperanza no deja de pensar en la carta de la rendición. “¿Y si se rinden y así poder evitar más heridos o muertos? ¿Acaso vale la pena proteger un lugar a cambio de la muerte? ¿Qué decisión



Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo

tomará el Mariscal? ¿Qué es lo que opina el pueblo?” Probablemente, no solo ella se haga estas preguntas, aunque la opinión de aquellos habitantes parece bastante unánime respecto a rendirse. Ciudad Rodrigo es su sitio, su lugar, con gente valiente y luchadora. Jamás se han dado por vencidos anteriormente, ¿por qué lo van a hacer ahora? Su madre siempre le dice que con todo en esta vida, hay que tener esperanza, por algo ella se llama así.

El sol poco a poco va cayendo y la ciudad se envuelve en una penumbra inquietante. Son muchos los vendajes que había puesto aquella tarde. Decidida a sentarse a los pies de un herido que se había roto un brazo, se incorpora rápidamente al ver entrar a Manuel por la puerta. El joven le explica que Pérez de Herrasti va a hablar en la plaza y que le gustaría que todos los ciudadanos estuvieran presentes.

Ambos se dirigen a la convocatoria de Don Pérez de Herrasti. Allí se encuentran también con la madre de Esperanza, quien había estado durante la tarde preparando comida para aquellos que están en el frente. Se acerca a los jóvenes dándole un cariñoso beso en la cara. “Esa mujer nunca pierde la sonrisa”, piensa, y entre tanto, le devuelve el beso.

Todo el pueblo espera expectante en la plaza a aquella autoridad que será quien lo decida todo. Suena un carraspeo, y seguidamente le acompaña la voz autoritaria del Mariscal quien se dirige a la multitud con valor: “Ciudadanos de Ciudad Rodrigo”, comienza a decir. “Cómo bien saben ustedes, hemos recibido una carta de los franceses exigiendo nuestra rendición. Sabemos lo que eso significa, pero también sabemos lo que significa resistir. Esta ciudad se ha resistido muchas veces y puede hacerlo de nuevo. Recordemos que Ciudad Rodrigo fue sitiada en 1370 durante la Guerra de Sucesión Castellana y en 1706 y 1707 durante la Guerra de Sucesión Española. En esas ocasiones mostramos que somos duros y que nuestra capacidad de resistencia es única. No cederemos sin luchar. Defenderemos nuestras casas, nuestras calles y nuestras familias. Que los franceses sepan que Ciudad Rodrigo no se rinde.”

Toda la plaza aplaude. Un rugido de aprobación surge entre todos los presentes. Allí todos saben que esa lucha va a ser un infierno, que será feroz y que muchos



Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo

ni siquiera sobrevivirán para verlo. Todos tienen a alguien enfrentándose al enemigo: Padres, hermanos, hijos, maridos... Todos los hombres están allí. Es un hecho que se perderá mucho, pero saben que no están solos y que tienen que defender lo que es suyo luchando hasta el último aliento.

La noche va cayendo, y con ella comienzan las primeras tomas de decisiones. Los líderes comienzan a realizar grupos para designar las tareas más útiles en ese momento como la de reforzar las puertas o defender las murallas. Los humildes ciudadanos se arman de valor y cogen cualquier elemento que les pudiera servir de ayuda, mientras se les manda ir a descansar, pues bien sabía toda la gente, que aquello no había hecho más que comenzar.

Entre el sonido de martillazos y el bullicio de la gente, Esperanza se va a su casa. Había sido un día muy largo.

Cuando entra a su habitación, el mismo lugar que había sido su refugio durante tantos años, siente calma. Quizá es fruto del cansancio. Se arrodilla frente a la cama y comienza a susurrar una oración por todos ellos. A la vez, recuerda las palabras de Pérez de Herrasti, la resolución en sus ojos, lo que le hace sentir una oleada de fuerza interior. El destino de Ciudad Rodrigo está en sus manos y no se van a rendir.

Afuera, la ciudad sigue preparándose, se escucha el ruido. Las antorchas iluminan de vez en cuando la oscuridad, mostrando la valentía de sus vecinos. Esperanza comienza a pensar en su padre. ¿Qué será de él? ¿Estará bien? ¿Necesitará algo? Él siempre ha sido un hombre fuerte y valiente. Desde pequeña la ha enseñado a amar y a defender su tierra. Sabe que el hombre hará todo lo posible por protegerlos, pero el miedo de perderlo la está asfixiando. Empieza a llorar y repite una plegaria para que nadie le arrebatase a su padre.

La suave voz de su madre la saca de sus pensamientos. Se acerca a ella y le seca las lágrimas. Las dos se miran sin decir nada y se abrazan. Le da un beso en la frente. Uno de esos besos que son mágicos y que nos dan aquellos que nos quieren proteger. Le ofrece un poco de sopa para cenar y juntas bajan hasta la cocina.



Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo

El aroma de caldo de pollo llena la pequeña estancia, como en los momentos tranquilos. Simplemente el hecho de estar cenando con su madre, le brinda un poco de consuelo. Tras mucho pensar, decide preguntarle a su madre si saldrán de aquella. Mientras le contesta, le mira con esa serenidad que la caracteriza y que Esperanza siempre le ha envidiado. “Tenemos que creer, hay que tener esperanza, eso nos mantendrá fuertes”, le contesta. Asiente mientras sonrío tímidamente. Gracias a aquellas palabras, sabe que la esperanza no es solo una emoción, sino que también es una fuerza tangible que los une y los impulsa a seguir adelante.

Esperanza vuelve a la habitación y mira por la ventana. Todo parece estar en calma, pero realmente hay una tensión cortante donde cada persona en todas las casas está lista para la batalla. Se escuchan los sonidos de los pasos apresurados y murmullos que llegan desde la plaza. A lo lejos se puede observar a los soldados moviéndose en las murallas, preparando las defensas y revisando sus armas. La noche avanza lentamente y el peso de la responsabilidad se hace más palpable a cada minuto que pasa.

Se acuesta en la cama, aunque no puede dormir. Por su cabeza pasan los recuerdos de los días anteriores. Inundan su mente los amigos que han partido al frente, las familias que lloran a sus seres queridos y que quizá no vuelvan a ver, las promesas de resistencia que se han hecho los unos a los otros...

Vuelve a cerrar los ojos para tratar de encontrar un momento de paz. De repente, un estruendo la sobresalta. Piensa que ha sido un sueño e intenta volver a dormir. Al fin y al cabo es mucho estrés el que está viviendo esos días y sería totalmente normal que la realidad invadiera sus sueños. Pero no es así, un segundo estruendo la hace levantarse rápidamente de la cama. Es el primer indicio del ataque francés. Desde su ventana ve cómo las luces de las explosiones iluminan el horizonte y los gritos de los soldados rompen la quietud de la noche. Sin pensarlo dos veces, se viste y corre hacia la plaza. Su madre la sigue de cerca y por primera vez se puede apreciar el miedo apoderándose de las expresiones de su cara.



Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo

Toda la ciudad está despierta y parece ser que todos saben bien lo que tienen que hacer. Esperanza visualiza a Herrasti dando instrucciones a los defensores con el fin de evitar que los franceses pasen. Se acerca a hablar con él y mostrarle su ayuda. En ese momento, todas las manos son pocas, por lo que la chica capta la atención de su madre y otras vecinas para que la acompañen al hospital. De manera improvisada, comienza a liderar a un equipo de mujeres. En el hospital, los heridos llegan en un flujo constante y cada uno de ellos les recuerda la razón por la que luchan. Allí todos colaboran. Algunas mujeres llevan agua a aquellos que defienden las murallas, otras limpian las heridas más superficiales, incluso algunos lisiados asisten a los más graves a descansar hasta ser atendidos. El doctor y las enfermeras no dan abasto y eso lleva consigo perder algunas vidas. La situación es desastrosa, pero con cada venda aplicada, con cada palabra de consuelo ofrecida, la esperanza se convierte en un amparo contra la desesperación. No son solamente defensores de una ciudad; son guardianes de una promesa de libertad.

Después de perder la cuenta de a cuánta gente había atendido, Esperanza se encuentra con un buen amigo de su padre. Está grave, muy grave. Pero aún así tiene la suficiente fuerza para decirle a la chiquilla que su padre está haciendo todo lo posible por resistir en las murallas y que está muy orgulloso de ella. Su aliento se entrecorta. Le pide que no baje la guardia, que siga siendo tan valiente y que nunca pierda la esperanza. Con esta última palabra, da su último suspiro. Una lágrima cae por la mejilla de la joven, que con su mano le cierra los ojos. Aquella situación es muy dura, pero no hay tiempo para el luto. Entre el médico y las enfermeras lo cubren con una tela y lo trasladan a un carro con más fallecidos.

El ataque prosigue durante horas, pero la resistencia de Ciudad Rodrigo no flaquea en ningún momento. Los defensores, agotados pero indomables, repelen cada embestida con una valentía sacada de una fuente inagotable.

El ataque cesa con las primeras luces del amanecer. Por el momento, los franceses se retiran. La ciudad, aunque está muy herida, permanece en pie. Se



Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo

habían enfrentado a la oscuridad y habían prevalecido, al menos por una noche más. El tiempo es muy valioso.

Esperanza, tras pasar la noche en el hospital, vuelve exhausta a su habitación. Mientras se arrodilla junto a la cama para ofrecer una última oración, comprende que la verdadera fortaleza de Ciudad Rodrigo no reside en sus murallas ni en sus armas, sino en la esperanza que vivía en cada uno de ellos.

Así pues, desde ese momento el nombre de Esperanza brilla en nuestra ciudad con un nuevo significado. No solo es el nombre de la chica de este relato, sino que también es la esencia de lo que nuestros antepasados defendieron. La esperanza es nuestra luz en los momentos más oscuros, el faro que nos guía cuando todo parece perdido. Así pues, en ese abril de 1810, mientras hubiese esperanza, habría lucha.

El final de esta historia, ya lo conocen, nos lo han contado muchas veces, y aunque no sabemos si Esperanza existió o solo ha sido fruto de mi imaginación, tenemos por seguro que Ciudad Rodrigo fue, es y será un lugar con gente valiente y que nunca se rinde.